

mo “Bolero/Páprika”, desatadas al calor de la histeria anticomunista, fueron golpes de gran envergadura contra el *maquisard* español y precisamente, quien los propinó fue Francia y no Franco. De esta forma, el proceso de recuperación de la memoria y el hacer justicia a los guerrilleros españoles se entremezcla con el debate que en el país galo genera el mito de la Resistencia y la actitud de los políticos y ciudadanos franceses ante el embate del fascismo y posteriormente, ante la pervivencia del régimen dictatorial franquista.

Se echan de menos referencias a otros territorios del conjunto nacional y en ocasiones en el bloque de literatura el referente de la guerrilla queda ensombrecido por las cuestiones propias del ejercicio de la escritura pero las aportaciones generales para el debate y la investigación son sugerentes y destacadas: cómo el medio nos puede aportar datos para la contextualización y reconstrucción de la guerrilla, la fructífera colaboración con el cine y la literatura, la vigencia e interés de los testimonios orales... En definitiva, un libro de gran valor y testimonio de la vitalidad e interdisciplinariedad que acompañan a los estudios de historia actual.

Espinosa Maestre, Francisco, *El fenómeno revisionista o los fantasmas de la derecha española*. Badajoz, Los Libros del Oeste, 2005, 104 pp.

Por José Luis Gutiérrez Molina  
(Universidad de Cádiz)

El debate historiográfico ha recobrado vigor desde la aparición de las iniciativas por la Recuperación de la Memoria Histórica y la promoción de unos autores que intentan revitalizar la historia franquista. La primera ha llegado a convertirse en uno de los “temas del día” de columnistas y políticos. Su finalidad es clara: desenterrar del olvido público, que no del privado, las consecuencias de la represión ejercida por los golpistas vencedores del conflicto de 1936-1939. Un hecho que había quedado no sólo impune jurídicamente sino cuyas víctimas, también, se habían visto marginadas en aras de la llamada reconciliación nacional. El éxito de la “Transición” debía sustentarse en la segunda derrota de quienes habían sido masacrados durante cuatro décadas.

El “pacto de amnesia” de los años setenta y ochenta y la pervivencia del miedo, consiguió aislar los intentos que durante esos años hubo por dignificar a los vencidos, compensar a los condenados por la injusticia franquista y dar nombre y devolver a sus deudos a miles de desaparecidos. Incluso las amnistías decretadas en aquellos años nos parecen hoy destinadas más a salvaguardar a los ejecutores de la represión que a amparar a quienes la padecieron. Se continuó llamando a los golpistas “nacionalistas”, quienes habían “fusilado”, mientras que los “rojos” cometieron “asesinatos”. Los nombres de los muertos de los sublevados continuaron adornando las fachadas de iglesias y “cruces de los caídos” de plazas de ciudades de toda España mientras que miles de familias apenas pudieron poco más que inscribir en los registros civiles los nombres de sus muertos cuyos cuerpos continuaron, en muchos casos, desaparecidos. Una actitud que no evitó el envalentonamiento de quienes se sentían impunes hasta el punto de que sus sectores más recalcitrantes intentaron un nuevo golpe de Estado en 1981.

Hoy, son los nietos y biznietos de los represaliados, además de los ya escasos supervivientes, quienes se niegan a seguir en la ignorancia, a continuar bajando los ojos ante los silencios a determinadas preguntas. Son ellos quienes primero impulsaron las variadas iniciativas surgidas por toda la geografía del Estado. En unos casos desde el ámbito familiar, en otros desde entidades locales. Acciones que han terminado por obligar a partidos políticos y administraciones a prestar atención al fenómeno, crear las consabidas comisiones y destinar algunos recursos para apoyar, y de paso, si es posible, encauzar, por lo “políticamente correcto”, a estos grupos. De todas formas no parece que se esté dispuesto a admitir las peticiones de reparación de los vencidos, ni siquiera a los setenta años del conflicto y a los treinta de la muerte del dictador.

El compromiso de los partidos y administraciones es bastante tibio. El límite lo marcan cuestiones como las exhumaciones de fosas. Baste ver lo que ha pasado con la del pueblo gaditano de El Bosque. Ahora en Andalucía se conceden ayudas, pero a la vez se lanzan mensajes sobre la imposibilidad técnica de identificar los restos, confundiéndola con las peticiones de exhumaciones. También, la propuesta de elaboración de un mapa de fosas en la región, se remite a una futura implicación de las universidades. Una institución que no se ha destacado hasta ahora por su participación en estas cues-

tiones. Se levantan aromas de retrasos indefinidos y reparto de fondos. Continúa siendo un tema incómodo. En muchos casos son las mismas personas que hace unas décadas se opusieron a que se “recuperara” la memoria durante la Transición quienes ahora, por lo menos de momento, se reclaman sus abanderados.

De forma paralela se fue construyendo también una literatura histórica que revisaba los argumentos de los golpistas de 1936 y de los historiadores de la dictadura. Un movimiento que lo protagoniza algún centro universitario y, sobre todo, un grupo de autores como Pío Moa, César Vidal, José María Marco o el periodista Jiménez Losantos. Han tomado el relevo de los Justo Pérez de Urbel, Comín Colomer, García Venero, Salaya, Arrarás o Frago del Toro y de otros menos viejos, aunque ya rancios, como Ricardo de la Cierva. Durante los gobiernos del Partido Popular gozaron de un amplio respaldo instituciones y mediático y con el aval de “hispanistas” como el norteamericano Stanley Payne. Sus congresos, declaraciones, artículos y libros buscan actualizar los argumentos de la historiografía franquista y, de paso, impedir el ejercicio de la reparación de los vencidos. Aducen que se trata de reabrir viejas heridas que ponen en riesgo la actual convivencia.

La corriente “revisionista” utiliza los argumentos de la generalización de la violencia y la presunta ilegitimidad del régimen republicano a partir de octubre de 1934, para obviar cualquier análisis sobre el origen, naturaleza, evolución, justificaciones y finalidades de la represión franquista. Retoma viejos razonamientos como la existencia en 1936 de una pretendida conspiración comunista que justificaría una “guerra preventiva”. Es decir un golpe de Estado. También insiste en los “horrores cometidos por los rojos” para intentar diluir las barbaridades cometidas por los sublevados. Adopta incluso actitudes que retrotraen a posiciones anteriores a la propia evolución de la historiografía franquista. En ésta hubo una primera etapa en la que se destacó el carácter de cruzada anti-marxista de la sublevación. Más adelante, durante la década de los sesenta, estas tesis se fueron suavizando y adquirieron un mayor protagonismo otras que, repartiendo culpas, tuvo su corolario en la expresión “no fue posible la paz”. Finalmente, en los años finales del régimen y, como prólogo de lo que vendría, comenzó a hablarse que había sido un acontecimiento tan vergonzante que tenía que ser olvidado. En cualquier caso,

en ningún momento se planteó la menor posibilidad de poner en pie de igualdad a vencedores y vencidos.

Algunas de las obras de estos autores han obtenido multitudinarias ventas. Quizás no podía esperarse otra cosa. De las lluvias de la transición vienen estos lodos. Incluso destacados historiadores, consideraban un sin sentido manifestarse como anti-franquista dado que el general y su régimen eran ya historia. En España, la fórmula adoptada para la sustitución de la dictadura del general Franco por la actual monarquía parlamentaria conformó el devenir de las investigaciones sociales. Sobre todo en el campo de la historia. El recuerdo traumático de la conflagración facilitó una política de reconocimiento de culpabilidad colectiva y el deseo unánime de que ésta nunca más se repitiera. Como ha escrito Paloma Aguilar “el consenso se consagró como la forma de negociación por excelencia” y quienes no participaban en él adoptaron “posturas maximalistas y violentas”.

En consecuencia, los historiadores se dedicaron a sustituir la vieja historiografía franquista por una nueva que hacía hincapié en el carácter excepcional de la Segunda República, como antecedente democrático. Ambas tenían en común que se basaban en ese peculiar pacto de olvido. Como ha escrito otro autor, González Calleja, era “una amnesia deliberada que algunos intelectuales han identificado con la necesidad de hacer tabla rasa de un pasado lleno de atrocidades inconfesables”. El régimen republicano había sido una fallida experiencia por causa de la actitud de los extremismos de derechas e izquierda que desembocaría en un golpe de Estado, una desorganizada revolución y un sangriento golpe. Se decidió que los dos bandos habían sido igualmente culpables de la barbarie desatada. Ninguno lo había sido más que el otro. En las dos zonas se cometieron barbaridades sin excusa. La profesora Aguilar asegura que asumir la brutalidad del pasado fue posible por la interpretación de la contienda en clave de “locura colectiva”, de drama que “nunca más” debía repetirse. Fue el contrapunto democrático a las distintas versiones franquistas existentes.

A pesar de todo, el recuerdo de la guerra de 1936 continuaba presente. Aunque la mayor parte de la población española no la hubiera vivido. Que se impusiera la amnesia de la Transición no significó que no hubiera quienes la cuestionaran. Fueron quienes protagonizaron los primeros estudios que

aparecieron en publicaciones de información general, como *Interviú*, en revistas divulgativas históricas e investigaciones. Unos trabajos que, a finales de los años ochenta, comenzaron a tratar de nuevo temas “tabúes” o que lo habían sido con “discreción” y escasa difusión. En la mayoría de los casos no ponen en duda las “verdades de fondo” acuñadas durante las décadas anteriores como la caracterización de la Guerra de España como una lucha entre “demócratas” y “fascistas”. Pero han abierto la veda para cuestiones que, no hace tanto, eran consideradas “poco recomendables”. En la mayoría de las ocasiones son trabajos de investigadores al margen de la Universidad y comprometidos con las actuaciones civiles que se aglutinan en torno al Movimiento por la Recuperación de la Memoria Histórica.

En cualquier caso la Guerra de España y la represión franquista continúa siendo un tema que sobrepasa los límites del debate historiográfico y su incidencia social para convertirse en un elemento más de las luchas políticas. No se puede olvidar que para contrarrestar la presencia de investigaciones e iniciativas de Memoria Histórica el Partido Popular promocionó las corrientes revisionistas con su difusión en la televisión estatal y la propaganda. Como recíprocamente tampoco se puede dejar de pensar en cuál habría sido la actitud del PSOE de no estar en la oposición. Uno de los campos de batalla han sido los estudios y la interpretación de la matanza que las tropas rebeldes cometieron en agosto de 1936 en la ciudad extremeña de Badajoz. Sobre todo a partir de la publicación del libro de Francisco Espinosa, *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz* (Barcelona, Crítica, 2003). La reacción que produjo en uno de los autores revisionistas citados, Pío Moa Rodríguez ha originado que Espinosa le responda ahora con la publicación de *El fenómeno revisionista o los fantasmas de la derecha española* (Badajoz, Los Libros del Oeste, 2005). Significativamente subtítulo “Sobre la matanza de Badajoz y la lucha en torno a la interpretación del pasado”.

Un libro que no se queda solo en la denuncia de la pretensión del neo-franquismo por negar la matanza que tuvo lugar y en desguazar la “base del conocimiento” de Moa sobre lo ocurrido en Badajoz. Además analiza las razones que han permitido que este autor se convierta en un éxito de ventas. Un fenómeno que no es aislado sino que se

completa con otros, como escribe Espinosa, tales como las millonarias audiencias televisivas de los programas de Lina Morgan o la serie *Cuéntame lo que pasó*. Porque lo que realmente interesa no es desmontar las tesis de Moa sino explicarnos su éxito de público y qué significa. Lo primero lo hace en cinco capítulos en los que de forma sistemática desmonta las posiciones de Moa. Comenzando por su falta de rigor, continuando por la ausencia de consulta de fuentes y terminando por su torticero empleo de la documentación. El resultado es que se puede presentar como ejemplo de la “validez” general de los trabajos de Moa.

Es en el capítulo 17 de su obra *Los crímenes de la guerra civil y otras polémicas* (Madrid, La Esfera de los Libros, 2003) donde Moa trata de la ocupación de la ciudad, del número de los que la defendían y del alcance de las matanzas de derechistas y religiosos cometidas. Tras pasar por la disección a que le somete Espinosa, queda convertido en una chapuza que incluso hubiera divertido a los viejos “historiadores-policías” franquistas como Comín Colomer o el propio Arrarás. Una especial atención dedica Espinosa a la manipulación que los historiadores franquistas han hecho de los escritos de los periodistas Mário Neves, portugués, y Jay Allen, norteamericano, que sacaron a la luz pública la matanza. Aunque tampoco olvida a la génesis de la “leyenda” franquista por la que la masacre no deja de ser sino un “mito” de los izquierdistas. Espinosa no se limita a dejar en evidencia a Moa. También analiza a los autores que le sirvieron como “fuentes de autoridad” o le han seguido en sus argumentos. Son los casos de Ángel David Martín Rubio o José Luis Gutiérrez Casalá. Sus obras también son destripadas con minuciosidad y sometidas a un comentario crítico implacable.

El resultado es que la obra de Moa no resiste un análisis historiográfico riguroso y, por el contrario, se presenta como una continuación ideológica de la vieja literatura franquista ahora reconvertida en revisionista. De ahí que en el capítulo 17 empareje la matanza de Badajoz con las de la cárcel Modelo de Madrid. Su objetivo no sería el de estudiar lo ocurrido en la ciudad extremeña, ni siquiera justificar la violencia empleada por los sublevados, sino convertirla en “un episodio más de la guerra civil” para así minimizarlo y transformarlo en un capítulo más del “todos hicieron lo mismo”. De esta forma se conseguiría que continuaran permaneciendo en el olvido el propio hecho del golpe de

Estado y los asesinatos y la represión que ejercieron sus protagonistas. Como escribe Espinosa, a Moa se le puede comparar a los revisionistas nazis alemanes como David Irving que afirman que no niegan el holocausto sino el asesinato masivo de judíos. No niega la existencia de la matanza pero asegura que “no hay que exagerar”, que fueron cosas “propias de la guerra” y que su intención es “podarlo de su ramaje propagandístico”.

Pero como se ha dicho, Espinosa no se queda en la crítica historiográfica de un texto al que quizás no haya que aplicarle esos instrumentos sino los de otras disciplinas. Da un paso más: analiza por qué Moa obtiene un amplio éxito de ventas. Es decir que el revisionismo cuente con la aprobación de amplias capas de la población española y que haya sido utilizado como elemento político por uno de los dos partidos más importantes del país. No de otra forma puede interpretarse, como nos recuerda el autor, que el que entonces era máximo dirigente del PP y presidente del consejo de ministros José María Aznar López declarase públicamente que había elegido como lectura para ese verano del 2003, precisamente *Los mitos de la guerra civil*. Una forma más de perpetuar la impunidad de los grupos civiles y militares responsables de la sublevación de julio de 1936, de liberar a la actual derecha de la obligación de reflexionar sobre su pasado fascista y de poner pie en pared al movimiento por la Recuperación de la Memoria Histórica al que consideran un escollo.

De esta forma se refuerza el mantenimiento de las estructuras y mentalidad franquistas que permanecieron en pie bajo la capa de barniz democrático de la actual monarquía parlamentaria. Como afirma Francisco Espinosa los libros de Moa y otros autores como él, tales que César Vidal o José María Marco, forman parte de un andamiaje que presenta a la dictadura, y a sus últimos lustros, como algo bueno para unos, malo para otro pero, como enseña la serie televisiva *Cuéntame*, “entrañables” para todos. Una situación producto, como se ha dicho ya, de las políticas de amnesia apadrinadas por los partidos de izquierda, del modelo de la Transición y la actitud del PSOE tras su llegada al gobierno en 1982.

Obras como la de Francisco Espinosa ayudan a mantener claras las ideas en unos momentos en los que se suceden los golpes y acusaciones contra las iniciativas de la Memoria Histórica. Cuando la extrema derecha ha retomado su tradición violenta.

Recordemos lo ocurrido en la librería Crisol de Madrid con motivo de la presentación de un libro del historiador Santos Juliá a la que asistía el viejo dirigente comunista Santiago Carrillo. Parece que han olvidado los cachorros fascistas lo que deben agradecerle el papel que éste tuvo para que saliera adelante la transición sin ruptura. Fue entonces cuando el “carnicero de Paracuellos” dejó paso al hombre “responsable” muñidor de la reconciliación nacional, frecuentador de los salones del poder y las tertulias. Una muestra de hasta donde están dispuestos a defender los privilegios heredados y que significa, a la inversa, que los vencidos en 1939, fueran republicanos, socialistas, comunistas o anarquistas, deben continuar como hasta ahora.

Recientemente el hispanista francés Jacques Maurice ha escrito que “reflexionar sobre las relaciones entre historia y memoria es una obligación intelectual insoslayable”. En efecto, ninguna sociedad puede permitirse el lujo ni de vivir en la “amnesia” ni mantener abiertas heridas de la memoria. La recuperación de la memoria es una cuestión de justicia. No sólo para con los protagonistas o sus familiares. Debe ser también una tarea de los científicos sociales para con el conjunto de la ciudadanía. Como afirma Maurice “la reconstrucción del pasado se hace mediante el lenguaje para ser compartida por los miembros de la comunidad”.

El libro de Francisco Espinosa es un intento serio que aparece en un momento oportuno. Además hay que agradecerle su capacidad para presentar de forma amena. Siempre con una evidente ironía y a veces, incluso, con sarcasmo. Para una muestra las trece características de la metodología de Moa que aparecen en las páginas 73 y 74.

Fukuyama, F., *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*. Barcelona, Ediciones B, 2004, 201 pp.

Por Israel Sanmartín  
(Universidad de Santiago de Compostela)

Parece que lo han conseguido. Tanto los periodistas e intelectuales de izquierda como de la derecha han logrado presentarnos el neconservadurismo como un bloque sólido, unilineal,